

Cónclave

Luis Miguel González Cruz

PERSONAJES

GUARDAESPALDAS.

PADRE.

MADRE.

ZANUSSI.

PARAVIDINI.

DELBONO.

SPREGELBURD.

CESAIRE.

BENE.

OLIVIER.

ENZO.

SASTRE.

VON MAYENBURG.

RAVENHILL.

PATRICE.

PETER.

VALÈRE.

ÍÑIGO.

GARCÍA.

JIMI HENDRIX.

MIGUEL.

BENITO.

MUJER.

I

Tumulto. Muchedumbre que canta. Un fraile vestido de blanco dirige el coro de las masas. Un GUARDAESPALDAS con gafas y vestido negro se acerca a una niña.

GUARDAESPALDAS.- Ven, niña. El Santo Padre ha venido a verte.

(La niña duda, mira a sus PADRES con miedo pero obedece. El GUARDAESPALDAS levanta a la niña por los aires y penetra en la multitud. El Papa, de blanco impoluto, llega en su santa silla de ruedas mecánica, protegido por cientos de GUARDAESPALDAS de negro.)

GUARDAESPALDAS.- Santo Padre...

(El hombre sienta a la niña en las rodillas del Papa, el parkinson del vicario obliga a la niña a bailar como si estuviera montada a caballo. La niña entrega al Papa una flor, y el Papa besa a la niña y le dice algo al oído.)

(El coro, guiado por el fraile director, cambia el cántico. El GUARDAESPALDAS levanta de nuevo a la niña por los aires y la arroja lejos de la presencia del Papa, que movido por la fuerza de su silla móvil desaparece de escena seguido por sus cohortes de guardaespaldas. Los padres se acercan a la niña.)

PADRE.- ¿Qué te ha dicho el Papa?

MADRE.- ¡Mi hija, mi hija! ¡Qué feliz soy! ¡Qué feliz soy!

PADRE.- Pero dinos, ¿qué te ha dicho el Papa?

MADRE.- ¡Qué feliz soy! ¡Es mi hija!

PADRE.- ¿Qué te ha dicho?

(La niña mira a su PADRE y, muy seria, lanza enorme, profundo y estruendoso eructo.)

II

Una caja sencilla de pino en medio de la plaza de San Pablo del Vaticano. El Papa ha muerto. Miles de curas, obispos, cardenales y seglares en túnicas pasean por delante del cajón.

En el interior del Vaticano un cardenal se encuentra con otros dos.

ZANUSSI.- Querido padre Paravidini. Es un gozo para un alma tan apenada como la mía volver a verle. Creí que no volvería nunca a verle.

PARAVIDINI.- Son siempre infelices y fúnebres acontecimientos los que nos reúnen, padre Zanussi. Créame que siempre es un gozo tener cerca su luz. Permítame que le dé mi más sentido pésame, pues sé lo cercano que siempre tuvo el corazón del Santo Padre. Ha sido una pérdida irreparable.

ZANUSSI.- Irreparable mi querido Paravidini, sobre todo para Polonia. Pero es posible que, en los últimos tiempos, usted estuviera más cerca del padre Wojtyla que nosotros, los polacos.

PARAVIDINI.- Fue un viajero incansable.

ZANUSSI.- Incansable.

PARAVIDINI.- Déjeme presentarle a otro joven colega, padre Zanussi. Creo que no tiene el placer de conocer al obispo de Ramina, monseñor Delbono. Monseñor, el cardenal Zanussi.

ZANUSSI.- Es usted nuevo en estos fastos, monseñor, pero ya he oído hablar de usted. Es usted toda una celebridad en Polonia.

DELBONO.- Es aún largo el camino que debo recorrer si quiero emular la carrera del cardenal polaco más importante de toda la historia.

ZANUSSI.- Siempre después de Wojtyla.

DELBONO.- Aún le queda gran parte del camino por recorrer, padre Zanussi.

ZANUSSI.- Pero nunca llegaré a ser Papa, monseñor Delbono.

PARAVIDINI.- Nunca es tarde para cumplir los designios del señor.

ZANUSSI.- Esta vez el señor dejará tranquila a Polonia.

DELBONO.- Italia, sin embargo, está acostumbrada a ese desasosiego.

ZANUSSI.- Demasiados siglos.

PARAVIDINI.- Larga experiencia, monseñor. El aprendizaje nace del escarmiento y los desengaños, querido Zanussi. Lo importante es que en la cátedra de San Pedro se siente siempre un hombre capaz. Lo importante es que se siente siempre el mejor y, sobre todo, que no se siente ningún francés.

ZANUSSI.- Siempre con ese temor aquí en el Vaticano.

DELBONO.- Wojtyla siempre se esforzó en ese objetivo.

ZANUSSI.- El Vaticano no peligra con los franceses. Son todos ateos.

PARAVIDINI.- Precisamente por eso, monseñor. Demasiado cerca de los ateos.

ZANUSSI.- Como los polacos.

DELBONO.- Los polacos son mártires.

ZANUSSI.- Algunos debieran ser canonizados con prontitud.

DELBONO.- ¡Qué mejor que empezar por Wojtyla!

ZANUSSI.- ¡Qué mejor!

PARAVIDINI.- Zanussi, el escaño de Pedro no sienta bien a los franceses.

ZANUSSI.- Vayamos a rendir homenaje a nuestro santo.

(Suenan las campanas a muerto en la plaza de San Pablo.)

DELBONO.- Santo Karolo. Suena bien.

ZANUSSI.- Suena bien.

III

Dos cardenales dando vueltas alrededor de una fuente en un claustro. Uno de ellos es negro.

SPREGELBURD.- ¿Oye las campanas, monseñor? Campanas de muerte. ¡Es triste ese sonido!, pero, a la vez, anima una radiante impresión de paz.

CESAIRE.- Tras la tristeza llega de nuevo la alegría. Pronto habrá un nuevo Pedro rigiendo los destinos del rebaño cristiano, monseñor Spregelburd.

SPREGELBURD.- En pocos días, mi querido Cesaire.

CESAIRE.- En pocos días alguien atará en la tierra y en el cielo.

SPREGELBURD.- Amén.

CESAIRE.- El Papa ha muerto, ¡Viva el Papa!

SPREGELBURD.- No, no debe decir eso aquí, monseñor Cesaire. Eso es de otra historia. No sienta bien en el Vaticano.

CESAIRE.- Excúseme, padre Spregelburd. Es un momento decisivo para la cristiandad. La elección del Santo Padre siempre es determinante. Hay que elegir quién atará. Aquél que nos encadenará.

SPREGELBURD.- Es una oportunidad, padre Cesaire, para elegir también quién ate a los demás.

CESAIRE.- Una oportunidad para un Papa negro.

SPREGELBURD.- Creo que es pronto aún para eso. Las profecías de Nostradamus aún no han caducado, piense que todos nuestros feligreses creen en ellas tanto como en el horóscopo o San Antonio.

CESAIRE.- En África no saben quién es ese Nostradamus.

SPREGELBURD.- En Argentina no dejan de leerlo.

CESAIRE.- ¿Tan grande es la necesidad?

SPREGELBURD.- Tan acuciante es la necesidad... de un Padre no europeo. Tendremos los votos de los franceses, y también de los alemanes.

CESAIRE.- Tendremos entonces una curia franco germana.

SPREGELBURD.- Tendremos una curia equilibrada.

CESAIRE.- ¿Y el Papa? ¿De qué raza será el Papa?

SPREGELBURD.- La raza será blanca, y el pelo rubio. A imagen y semejanza del señor nuestro Dios.

CESAIRE.- ¿Aún están así en el primer mundo?

SPREGELBURD.- Yo vengo del tercer mundo, como usted.

CESAIRE.- Con el tiempo, padre Spregelburd, con el tiempo va a haber que reformar las escrituras.

SPREGELBURD.- Con el tiempo, padre Cesaire. Con el tiempo.

IV

Fumata negra

DELBONO treinta y tres, SPREGELBURD, treinta y tres, NOVARINA trece, ZANUSSI trece, COSTA veinte, CESAIRE tres.

V

Un cuarto completamente oscuro. Un cuerpo late en la oscuridad. Una llave abre una puerta, la claridad del exterior dibuja una silueta en sotana. DELBONO cierra la puerta y penetra en la oscuridad. En una cama, BENE, respira con dificultad. Sin saber cómo la ha encontrado, DELBONO se sienta en una silla. Asfixiado pregunta.

DELBONO.- Ave María, purísima.

(La oscuridad responde un rugido, más bien un aullido.)

DELBONO.- Sin pecado concebida.

(El cuerpo tendido en la cama vuelve a aullar. Imita a un lobo. Una vez, otra vez. Tres veces. Cuando ha terminado, su pecho comienza a llorar. DELBONO se levanta de su silla y abre un pequeño ventanuco. La claridad descubre un cuerpo enrollado en la cama. Gime. DELBONO lo mira con severidad.)

DELBONO.- Carmelo, he venido a ayudarte a morir en paz.

(El enfermo aúlla una vez más. Aúlla llorando.)

DELBONO.- Has de ser valiente. En estos momentos, tienes que aprender a entregarte.

(BENE llora incontinentemente.)

DELBONO.- Desahógate, hijo. Abandona toda congoja, expulsa todos los pesares, todas las culpas.

BENE.- No quiero morir. No quiero morir. ¡No quiero morir! ¿Me oye? ¡No quiero morir!

DELBONO.- Grita si lo deseas, hijo. Grita, expulsa todo rencor, toda la rabia de tu cuerpo.

BENE.- ¡No quiero gritar! ¡No quiero gritar! ¡No quiero morir! ¡No quiero!

DELBONO.- Tranquilízate, hijo. No te abandones.

BENE.- Ya es tarde, padre, por pocos días...

DELBONO.- Hijo...

BENE.- Le he sobrevivido... Por pocos días, pero he vencido al polaco.

(La claridad del amanecer va descubriendo un antiguo salón recargado en su decoración.)

DELBONO.- Aún no, hijo. Aún no.

(DELBONO se sienta en un sillón de barroquismo excesivo.)

BENE.- Ese era el asiento del Santo Padre.

DELBONO.- Todos rezamos por su alma...

(Un perro en la calle aúlla y ladra. Los hombres se miran a los ojos.)

(BENE vomita. DELBONO se acerca, pero no se atreve ni a tocarlo.)

DELBONO.- ¿Te encuentras bien?

BENE.- No, padre, no me encuentro bien, pero tengo que levantarme, tengo que levantarme e ir al cónclave. Es mi oportunidad. Aunque sólo sea por pocas semanas, pero ahora me toca a mí. Después del polaco me toca a mí.

DELBONO.- Arrodíllate, hijo.

BENE.- Nadie nos ve... No tengo por qué hacerlo.

(DELBONO se arrodilla.)

DELBONO.- Ave María purísima.

BENE.- No tengo nada que confesar... Soy el elegido. El nuevo Padre. Ayúdame a levantarme. Estoy libre de pecado.

DELBONO.- ¡Cállate!

BENE.- ¿Qué dices, insensato? Te voy a mandar a las misiones.

DELBONO.- ¡Sólo dices sandeces!

BENE.- Esta es mi casa... Roma... En mi casa hago lo que quiero.

DELBONO.- Nada has de temer... Todo volverá a ser como antes.

BENE.- ¿Como antes? ¿Después de mí?

DELBONO.- Polvo somos...

BENE.- ¿No le da vergüenza? Ahora está sentado en la silla del Santo Padre.

(El cura se levanta automáticamente del sillón. Mira fijamente a BENE y observa cómo este se ríe. Se ríe obscenamente y se revuelca por el suelo. Su risa es diabólica.)

BENE.- Mi padre... mi padre... mi padre...

(BENE se parte de risa. DELBONO, nervioso, da media vuelta y piensa en salir, pero vuelve a mirar al cardenal y levanta su mano para hacer la señal de la cruz sobre su cuerpo que tiritita de risas... BENE deja de hablar y comienza a aullar. Aúlla como si entrara en trance. DELBONO sostiene la cruz que lleva colgada en su pecho frente a los ojos de BENE, que comienza a saltar con su espalda apoyada en el suelo.)

(DELBONO opta por sacar agua bendita y la rocía por el cuerpo del enfermo, pero el comportamiento de este es aún más violento, por lo que DELBONO abandona su labor y corre a refugiarse a un rincón. BENE se levanta de la cama, araña y muerde las paredes y los muebles.)

(El crucifijo brilla en la oscuridad, sobre el pecho de DELBONO. La mano temblorosa del sacerdote toma el crucifijo en la mano y avanza hacia el enfermo rezando gravemente, como si no fuera él el que lo hiciera, como si lo hiciera contra su voluntad. DELBONO toma un cojín y lo aprieta sobre el rostro de BENE, que muere asfixiado y dando manotazos en la espalda de DELBONO.)

DELBONO.- Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino y hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día, dánosle hoy, y perdona nuestras deudas así como perdonamos a nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación mas líbranos del mal.

(DELBONO se incorpora y observa el cuerpo sin vida de BENE.)

DELBONO.- Ego te absolvo in nomine patris, et filii et Spiritu Sancti.

(Suenan campanas.)

OLIVIER.- ¿Qué tal estás Enzo?

ENZO.- Bien Olivier. Estoy bien.

OLIVIER.- ¿Qué tal Yolanda y los niños?

ENZO.- Muy bien. Ya no los reconocerías. Han crecido tanto. Borja ya es todo un hombre y Fabrice juega al fútbol como Ronaldo. Es un fiero.

OLIVIER.- El tiempo vuela.

ENZO.- ¿Y tú? ¿Cómo te va?

OLIVIER.- Mucho mejor... Brest es un lugar... bastante tolerante.

ENZO.- ¡Ah Brest! ¡Qué bello lugar! La primavera es preciosa en Brest.

OLIVIER.- Sí, preciosa.

ENZO.- ¿Y Bernard Marie?

OLIVIER.- Es bastante difícil después de lo de Marsella. Ya sabes, la prensa... De todas formas no habría funcionado.

ENZO.- Lo siento.

OLIVIER.- Son cosas que pasan.

ENZO.- Sí, cosas que pasan.

OLIVIER.- Después de aquello... No creí que nos volviéramos a ver más.

ENZO.- La voluntad del señor...

OLIVIER.- Sí, la voluntad del señor.

ENZO.- Sentí mucho lo de Marsella, pero no pude hacer nada por ti. Hubieran descubierto lo de Yolanda y lo de los niños. No podía hacer nada. Estaba atado de pies y manos. Incluso hubiera sido desfavorable para ti.

OLIVIER.- Lo sé.

ENZO.- Créeme que lo sentí.

OLIVIER.- Lo sé.

ENZO.- Si no hubiera sido por Yolanda...

OLIVIER.- Ya pasó, Enzo. Ya pasó todo.

ENZO.- Sí, y a pasó. Ya pasó todo.

OLIVIER.- De todas formas, me alegro de volverte a ver.

ENZO.- Yo también Olivier. Yo también me alegro.

OLIVIER.- ¿Un abrazo?

ENZO.- ¡Amigo!

OLIVIER.- Me tienes que ayudar ahora.

ENZO.- ¿Qué te pasa?

OLIVIER.- No, no me pasa nada. No es para mí.

ENZO.- ¿Quién es él?

OLIVIER.- Necesitamos un Padre diferente. Necesitamos alguien que nos deje respirar. Necesitamos alguien diferente al polaco. Necesitamos una cabeza más sensible al corazón de los humanos. No podemos consentir que otros pasen por lo que nosotros hemos pasado. No estamos solos.

ENZO.- ¿A quién quieres que vote?

OLIVIER.- Al brasileño.

ENZO.- ¿El padre Costa?

OLIVIER.- Helder

ENZO.- ¿Helder?

OLIVIER.- No te preocupes, no es peligroso. Está limpio. Un poco cercano a la teoría de la liberación, pero no mucho. No tiene nada que ocultar. No es como yo... ni como tú.

ENZO.- Pero si es comunista.

OLIVIER.- No creo que la caridad y la justicia la practiquen sólo los comunistas.

ENZO.- Wojtyla casi lo excomulga.

OLIVIER.- Casi excomulga a Boff, pero no a Helder. El padre Costa cuenta con el beneplácito de toda la curia. Es un cardenal ortodoxo.

ENZO.- Pero Olivier. No hay ninguna posibilidad.

OLIVIER.- Si nos unimos todos los que tenemos algo que ocultar, si unimos nuestro voto todos aquellos que estamos vetados, ¿crees que no ganaríamos?

ENZO.- Es posible.

OLIVIER.- Somos muchos.

ENZO.- Sí, muchos.

OLIVIER.- Es hora de que todo cambie. Es hora de que la Iglesia se acerque a los hombres. A los pecadores y a los cobardes. Como tú, como yo.

ENZO.- Olivier.

OLIVIER.- ¿Puedo contar contigo?

ENZO.- Lo siento.

OLIVIER.- ¿Ya estás comprometido?

ENZO.- Delbono.

OLIVIER.- ¿Delbono? Pero si... Es Legionario de Cristo. Delbono... Fue él quien me envió a Brest. Todos dicen que es santo porque trabaja con retrasados mentales, pero es peor que el diablo.

ENZO.- Lo sé.

OLIVIER.- Fue él quien me despojó de todos mis títulos. Fue él quien me persiguió y me envió a aquel antro de putas y maricones. Fue Delbono quien me envió al exilio.

ENZO.- Piensa en Yolanda. Y en Borja y en Fabrice.

OLIVIER.- Enzo.

ENZO.- Lo siento Olivier. Créeme que lo siento. Lo siento mucho.

OLIVIER.- Enzo.

ENZO.- Delbono sabe lo mío. Delbono sabe lo de Yolanda y los chicos. Delbono lo sabe todo.

OLIVIER.- Enzo, piensa en la Iglesia, podemos construir la Iglesia de los pobres como quiso Jesús. Es nuestra oportunidad. Piensa en ella.

ENZO.- Pienso en Yolanda. Y en Borja. Y en Fabrice.

OLIVIER.- Enzo.

ENZO.- Lo siento, Olivier. Lo siento mucho.

OLIVIER.- Otra vez, Enzo.

ENZO.- Lo siento mucho. Olivier. De veras. Lo siento. Otra vez.

(Fumata negra.)

(DELBONO treinta y cinco, SPREGELBURD, treinta y uno, NOVARINA quince, ZANUSSI trece, COSTA veinte, CESAIRE uno.)

SASTRE.- Monseñor.

DELBONO.- ¡Qué feliz coincidencia, monseñor! Es un goce volver a disfrutar de su presencia. Hace buen tiempo ¿verdad? La brisa marina refresca la ciudad. Adoro el mar. Es mi debilidad, lo confieso. Todos duermen la siesta, pero yo prefiero pasear para poder oler la sal de la brisa. ¡Ah Roma, Roma...! Este encierro comienza a ser insoportable. Necesito ver el mar.

SASTRE.- Estar cerca del mar es como estar cerca de Dios.

DELBONO.- A usted también le gusta el mar. Hondarribia.

SASTRE.- ¿Cómo sabe usted lo de Hondarribia?

DELBONO.- Desde hace tiempo sigo sus pasos con mucho interés.

SASTRE.- ¿Por qué no ha dicho Fuenterrabía?

DELBONO.- Conozco lo que publica desde Hondarribia.

SASTRE.- ¿Habla usted euskera?

DELBONO.- Los caminos del señor son inescrutables.

SASTRE.- Veo que está enterado de todo.

DELBONO.- Ha sido una suerte que el Santo Padre falleciera antes de su jubilación. Gracias a su muerte hemos podido coincidir después de tanto tiempo. Es siempre un deleite poder participar en la elección del nuevo Papa. Digamos que puede contribuir a dejar atado algo en la tierra antes de desligarse de la Iglesia.

SASTRE.- No hay mal que por bien no venga.

DELBONO.- Y, dígame, monseñor Sastre ¿va a seguir con sus publicaciones cuando se retire?

SASTRE.- Es por eso que me retiro.

DELBONO.- ¿Va a continuar con la publicación de los textos clásicos?

SASTRE.- No son clásicos, sino modernos estudios europeos sobre la ortodoxia.

DELBONO.- Creo que esa es una actividad que requiere... que precisa de serios apoyos... económicos.

SASTRE.- Conseguir reunir el capital necesario para satisfacer el valor de los medios de producción es una actividad ingrata para un siervo de la Santa Madre Iglesia. Es difícil camuflar estos dispendios en los presupuestos episcopales pues, de otro modo, irían a sufragar planes de necesidad más acuciante.

DELBONO.- Ropa y comida, por ejemplo.

SASTRE.- La Iglesia es un edificio construido sobre ideas, ideas que hay que construir, modelar, pulir. Ideas que hay que inventar.

DELBONO.- Yo pensaba que la fe era el cimiento de la Iglesia.

SASTRE.- Sólo se puede tener fe en las ideas.

DELBONO.- La práctica de la caridad es el reflejo de la fe.

SASTRE.- Las ideas que generan fe no son siempre las del amor o la caridad. La fe y el temor de Dios son más necesarios para la Iglesia que las obras.

DELBONO.- Obras son amores y no buenas razones.

SASTRE.- Cada vez le noto a usted más español.

DELBONO.- Es misión de la Iglesia atraer ideas al seno de la cátedra de Pedro. Otras ideas. Si atraemos a los poseedores de esas otras ideas, atraeremos a los que creen en esas ideas.

SASTRE.- Es usted rápido.

DELBONO.- Se expresa usted con meridiana claridad.

SASTRE.- No piensan así en Madrid.

DELBONO.- Monseñor Sastre, ahora estamos en Roma, no en Madrid.

SASTRE.- Es verdad, huele a sal.

DELBONO.- ¿Cuánto necesita para esos folletos?

SASTRE.- No son folletos, son hojas parroquiales. Trabajos de investigación, publicación de volúmenes teóricos.

DELBONO.- ¿Cuánto?

SASTRE.- Vendrían a ser quinientos mil.

DELBONO.- ¿Quinientos mil? ¿Acaso los imprime en papiro?

SASTRE.- La vida está muy cara en España, monseñor Delbono.

DELBONO.- ¿Qué diría si quisiera donar setecientos cincuenta mil euros a su asociación editorial? ¿Qué opinaría si Roma decidiese promover sus trabajos con setecientos cincuenta mil?

SASTRE.- He dado mi palabra a Valère.

DELBONO.- Valère está rodeado de homosexuales y comunistas.

SASTRE.- La tradicional amistad de nuestras diócesis.

DELBONO.- La traición es su tradición. Eso es lo que, por tradición, os hacen siempre los franceses. Y ¿sabe monseñor por qué? Porque son jacobinos, lo llevan en la sangre. Nunca cambiarán. Están ustedes equivocados, monseñor, los vascos, tradicionalmente, siempre han estado equivocados. Somos los italianos vuestros aliados naturales. Somos los italianos los que os vamos a ayudar. Porque pensamos igual. Pensamos igual que vosotros. El lugar natural de los vascos está junto a Delbono.

SASTRE.- Al final se sabría todo. Al final lo sabrían. Lo sabría Valère.

DELBONO.- No debéis nada a nadie. ¿O preferís un Papa francés?

SASTRE.- Sería una revolución.

DELBONO.- Y no es eso precisamente lo que los vascos desean.

SASTRE.- Por supuesto que no.

DELBONO.- ¿Qué me dices de García? Se ha hecho francés.

SASTRE.- Creo que te podría servir.

DELBONO.- ¿Qué tal se lleva con Spregelburd?

SASTRE.- Creo que bien. Al fin y al cabo es argentino, odia a los españoles tanto como nosotros.

DELBONO.- El odio no es un sentimiento cristiano.

SASTRE.- El odio es un sentimiento humano.

DELBONO.- Monseñor. Juntos podemos hacer muchas cosas.

VI

Fumata negra

DELBONO **cuarenta y seis**, SPREGELBURD, **quince**,
NOVARINA **treinta y seis**, ZANUSSI **tres**, GARCÍA **dos**,
COSTA **veinte**, CESAIRE **uno**.

VII

Dos cardenales con la parte superior de la sotana anudada a la cintura comen bocatas.

VON MAYENBURG.- ¡Qué tal estás Mark!

RAVENHILL.- Muy bien, Marius.

VON MAYENBURG.- Te he estado buscando todos estos días.

RAVENHILL.- Ya sabes, reuniones y más reuniones. Uno nunca puede disfrutar de los amigos durante los cónclaves. Que si el francés ofrece mil, que el italiano dos mil, que si los americanos, los argentinos, los españoles, los chinos. Ya sabes cómo somos los ingleses.

VON MAYENBURG.- Igual que los alemanes.

RAVENHILL.- Nos conocemos bien.

VON MAYENBURG.- Demasiado bien.

RAVENHILL.- Entre nosotros no hay secretos.

VON MAYENBURG.- Te he estado buscando para que me hablaras de Cuba.

RAVENHILL.- Bonita isla.

VON MAYENBURG.- ¿Qué pasa? ¿Qué pasa allí?

RAVENHILL.- ¿Qué insinúas que he hecho allí?

VON MAYENBURG.- Déjate de tonterías. ¿Qué ocurre en la isla?

RAVENHILL.- Hace calor, se pasa hambre, pero hay mucha fruta. Todo el mundo se lo toma con calma. Mucha calma. Demasiada calma. En vez de coger el fruto del árbol, esperan a que este caiga.

VON MAYENBURG.- No me engañes. Sé que también has estado en China.

RAVENHILL.- Un desastre lo de la epidemia. Morían por todas partes. Y lo peor de todo: morían sin saber por qué.

VON MAYENBURG.- No me tomes por un capullo. Sé muy bien que te interesaba otra cosa. Por eso fuiste primero a Cuba y luego a China.

RAVENHILL.- ¿Qué tienen en común Cuba y China?

VON MAYENBURG.- El Oriente. El Este. El comunismo.

RAVENHILL.- Pero si no hay comunismo en Cuba.

VON MAYENBURG.- Tampoco en China.

RAVENHILL.- Un poco más sí.

VON MAYENBURG.- Sé que también te has entrevistado con el brasileño. Que conoces al judío del argentino y al negro. Te conozco. Incluso has oído hablar de García. Sé que algo tramas.

RAVENHILL.- ¿Crees que quiero ser Papa?

VON MAYENBURG.- ¿Me ves cara de gilipollas? ¿Cómo va a ser Papa un inglés?

RAVENHILL.- ¿Entonces de qué vas?

VON MAYENBURG.- ¿De qué vas tú? Dímelo. Mírame a los ojos y desembucha.

RAVENHILL.- Aún no hay nada.

VON MAYENBURG.- Quiero el área de cultura. Y el de educación.

RAVENHILL.- Estás de la olla. En Alemania se os hielan las ideas.

VON MAYENBURG.- Sé que preparas una encíclica. Por eso andas detrás del judío ese y del brasileño, y de los comunistas. Y ellos hablan con los franceses. Sé que preparas una encíclica. Sé que es una encíclica social y política, sé que quieres ser el ideólogo católico del próximo siglo. ¿Te crees un Roncalli o un Brecht? Eso es dinero. Quiero mi parte.

RAVENHILL.- ¿Sólo te interesa el dinero?

VON MAYENBURG.- ¿Qué si no puede interesarle a un católico alemán rodeado de protestantes, rojos y verdes?

RAVENHILL.- Lo siento, estás equivocado. No estoy preparando nada.

VON MAYENBURG.- Quiero ser del equipo.

RAVENHILL.- ¿Qué equipo?

VON MAYENBURG.- El equipo de los santos. Todos los que participen en ella, tarde o temprano serán santos.

Ranvenhill: Ya existe un San Mario.

VON MAYENBURG.- No me toques los cojones.

RAVENHILL.- ¿Cómo vas a estar en el equipo? Tu familia entera pasó por Nüremberg. No hay alemán que no tenga una mancha en su currículum.

VON MAYENBURG.- Sólo el área de cultura. Eso no vale nada.

RAVENHILL.- Un alemán en la lista es un seguro para que la lista no salga.

VON MAYENBURG.- Ponme el último. No desveles mi identidad hasta la publicación. Joder, tengo que estar ahí. Piensa en la Iglesia católica alemana. No pinta nada en ningún sitio. Estamos en primera línea de fuego y nadie nos hace caso. Me tienes que hacer un hueco.

RAVENHILL.- No estoy preparando nada.

VON MAYENBURG.- Te puedo hacer pedazos si no me metes. Puedo destrozarte como a una frágil mariquilla. Te voy a dejar que no te van a reconocer ni los negros del West-End.

RAVENHILL.- Así no vas por buen camino.

VON MAYENBURG.- Sólo tengo que hacer correr la voz de que preparas una encíclica y los italianos empezarán a sacar panfletos y octavillas pretendidamente filosóficas. «El derecho al trabajo y a dar las gracias al patrón». «Censúrame y ámame». «Vivan las cadenas», «Berlusconi, Josemari y Karol: La santísima trinidad». Te cerrarán el camino con ejercicios espirituales y nuevas canciones. Le cambiarán otra vez la letra al padrenuestro y

se acabó la vanguardia en la Iglesia. Como se enteren los italianos te quedas sin bisne. Por pringao. Se te ve mucho el plumero, Mark. Te lo has currado, pero cantas la Traviata. Yo he sido el primero en darme cuenta, te estoy haciendo un favor. Le podría haber dado el cante a Delbono o a Paravidini. Pero no, vengo a ti. Y sólo te pido cultura. No importa que eso lo lleve un alemán. Eso no le importa a nadie.

RAVENHILL.- A los franceses.

VON MAYENBURG.- Los franceses se llevarán todo lo demás. Empleo, seguridad social, medios de producción, capital, política exterior, plusvalías. Sólo cultura, Mark.

RAVENHILL.- Está bien.

VON MAYENBURG.- Está bien ¿qué?

RAVENHILL.- Cultura.

VON MAYENBURG.- Y Educación.

RAVENHILL.- No te pases.

VON MAYENBURG.- Va a ser la hostia, Mark.

RAVENHILL.- Sí, Marius. Va a ser la hostia.

VIII

Fumata negra

Los monseñores están sucios, sin afeitarse y con las ropas raídas.

Décima segunda votación. DELBONO cuarenta y siete, SPREGELBURD, ocho, NOVARINA cuarenta y tres, ZANUSSI dos, COSTA veintidós, CESAIRE uno.

IX

Un monaguillo reparte chocolatinas. Los cardenales, sucios y hambrientos, se lanzan al suelo discutiendo por los viáticos. PATRICE y PETER luchan por una barrita de chocolate.

PATRICE.- Suelta esa barra, hijo de la gran puta. Suéltala.

PETER.- Suéltala tú. He visto cómo escondías otra en los pantalones. Esta es mía, tú y a tienes otra.

PATRICE.- Sabía que eras un mentiroso, pero lo que no conocía era esa nueva faceta tuya de difamador verdulero.

PETER.- Yo, en cambio, de ti sí que la conocía.

PATRICE.- Suéltala.

PETER.- No me sale de los cojones.

(PETER da un gran tirón y se queda con la chocolatina. Se va a un rincón, desenvuelve la barra y se la come.)

PATRICE.- ¿Estás contento, Peter? Eres un ladrón, y lo sabes muy bien. Sé que lo que hiciste con Bernard Marie pretendes hacerlo ahora con Delbono. No te va a salir bien. No es de los tuyos. Ese italiano no es un intelectual frígido como sois todos los alemanes. Te van a dar por culo.

PETER.- ¿Es eso lo que te gustaría que te hicieran a ti, Patrice?

PATRICE.- Tú y a tuviste lo tuyo de Bernard Marie.

PETER.- Yo no soy maricón.

PATRICE.- Confiesa que estuviste a punto de acostarte con Bernard Marie. Confiesa que lo pensaste, confiesa que lo deseaste.

PETER.- A mí me gustan las mujeres.

PATRICE.- ¿Esa italiana con la que estás es una mujer? Bernard Marie era mucho más femenino que esa amazona que te viola todas las noches.

PETER.- Patrice, estás loco, vuélvete a Inglaterra. Allí están todos locos.

PATRICE.- Me echaste un cubo de mierda encima. No sólo te llevaste a Bernard Marie, sino que luego lo mataste. Me clavaste una daga en el corazón. Me mataste como intelectual.

PETER.- Si tanto le amabas ¿por qué no lo trataste mejor? ¿Por qué no acariciabas su pelo rizado, por qué no le prestaste atención, por qué no le dedicabas caricias?

PATRICE.- ¡Qué sabrás del amor!

(PATRICE saca de su pantalón la chocolatina que había robado antes.)

PETER.- Patrice, te lo pido por favor. Vuelve al redil. Delbono está esperando. Delbono está esperándote.

PA TRICE.- Que le den por culo a Delbono.

X

Fumata negra

Vigésima tercera votación. DELBONO cuarenta y nueve, SPREGELBURD, cuatro, NOVARINA cuarenta y cinco, COSTA veinticuatro, CESAIRE uno.

XI

Dos cardenales harapientos se cortan las uñas con una navajita.

VALÈRE.- Ya he terminado con el meñique, muchas gracias Íñigo.

ÍÑIGO.- No hay de qué, Valère.

VALÈRE.- ¿Qué tal tu hermano?

ÍÑIGO.- Hace meses que no nos hablamos.

VALÈRE.- Pero pudiste ir a la boda del príncipe. ¿No lo viste allí?

ÍÑIGO.- Lo vi, pero se puso a hablar por el móvil.

VALÈRE.- Le diste un gran dis gusto.

ÍÑIGO.- Era la verdad.

VALÈRE.- Sí, pero a los políticos no les gusta que los curas se caguen en Dios.

ÍÑIGO.- Nosotros tenemos más derecho que nadie.

VALÈRE.- Y delante del príncipe.

ÍÑIGO.- Los monarcas han de ser los primeros en oír las verdades.

VALÈRE.- Déjame que te ayude.

ÍÑIGO.- No, Valère. Gracias.

VALÈRE.- ¿Por qué te haces el duro? No tienes dónde caerte muerto.

ÍÑIGO.- Mi voto es para Buero.

VALÈRE.- Pero si está muerto. Es inútil.

ÍÑIGO.- Es simbólico.

VALÈRE.- ¿Como lo de cagarse en Dios la víspera de la boda del rey?

ÍÑIGO.- Nobleza obliga.

VALÈRE.- Vamos Íñigo, yo podría presentarte en París editores, hombres de negocio, hasta semiólogos. Vamos Íñigo, tu futuro está en París.

ÍÑIGO.- He estrenado en Nueva York y Buenos Aires.

VALÈRE.- ¿Qué me dices de París? El que estrena o publica en París, ya es un autor contemporáneo.

ÍÑIGO.- ¿Qué pensará mi hermano?

VALÈRE.- Íñigo, tú y a estás perdido para tu hermano.

XII

DELBONO y GARCÍA. Hechos un asco, comen lasagna con las manos. Sucios y sin afeitarse. La comida se les cae por los brazos.

DELBONO.- Un hombre tenía dos hijos. Y el menor dijo a su padre: Padre, dame la parte que me corresponde de la hacienda. Y les repartió la hacienda. Y a los pocos días, el menor reunió todo, se marchó a un país lejano, y allí disipó toda su fortuna viviendo disolutamente. Cuando gastó todo, sobrevino gran hambre en aquella comarca, y comenzó a padecer necesidad. Y se fue a servir con un hombre de aquel país, quien lo mandó a sus tierras a guardar cerdos. Deseaba henchir su estómago de las algarrobas que comían los cerdos, y nadie se las daba. Y, entrando en sí mismo, dijo: ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan de sobra, y yo aquí muero de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo; hazme como uno de tus jornaleros.

GARCÍA.- ¿Y dices que se lo gastó lejos de allí?

DELBONO.- Eso no es lo más interesante del cuento.

GARCÍA.- ¿Por qué no se lo pudo gastar disolutamente cerca de su pueblo? ¿Por qué se tuvo que ir a tomar por culo para gastarse su hacienda disolutamente? ¿Es que no había dónde gastar su hacienda cerca del pueblo? ¿Es que no había antros de disolución cercanos a su pueblo y por eso se tuvo que desplazar a un país lejano?

DELBONO.- Es una simple convención del relato. Una manera de contar.

GARCÍA.- ¿Y por qué coño repartió la pasta el padre? ¿Por qué no se lo dio todo al mayor?

DELBONO.- Es el aspecto moral del cuento. Todo cuento es, por su estructura, una parábola moral. Un hijo es bueno y el otro es... pródigo.

GARCÍA.- ¿Qué quieres decir exactamente cuando dices: pródigo?

DELBONO.- Manirroto, pródigo, dispendioso, bolsarrota, derrochador, dadivoso, munífico, rumboso.

GARCÍA.- Ya. Creo que te entiendo. O sea, que porque a un gilipollas que se va por ahí a pulir lejos su herencia, se entrega al consumismo y deja seca la teta que le daba de mamar, le empieza a rugir la panza y se empieza a acojonar porque tiene que dar el callo para poder llevarse a la boca un jodido mendrugo, o sea, que porque un tío le echa dos huevos, pasa de currar y pule todo lo que ha trabajado su padre, cuando le entra hambre al final, se arrepiente y ya está todo solucionado. El padre va y le perdona. Sólo un subnormal se creería esa soplapollez.

DELBONO.- No te metas con los subnormales.

GARCÍA.- ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan de sobra!

DELBONO.- Los disminuidos tienen más derecho a la vida que muchos obispos y curas.

GARCÍA.- ¿Qué pasa, que por ser jornaleros tienen que morir de hambre por ser jornaleros? Eso era antes, antes de la guerra.

DELBONO.- Vótame.

GARCÍA.- Pequé contra el cielo y contra ti. Es inverosímil que el padre le perdona.

DELBONO.- Tienes que votarme.

GARCÍA.- Todas esas parábolas están anticuadas. No tienen sentido.

DELBONO.- Tu voto no se puede desperdiciar.

GARCÍA.- Como todos los cuentos. Todos los cuentos, todos los relatos son un fraude.

DELBONO.- Tu voto es mío.

GARCÍA.- No me cuentes cuentos.

XIII

Fumata negra

Cuadragésima quinta votación. DELBONO cincuenta, SPREGELBURD dos, NOVARINA cuarenta y nueve, COSTA veintitrés, BUERO uno.

XIV

Dos jóvenes cardenales hacen botellón. Un platillo volante cae del cielo. La luz es cegadora. Los jóvenes, claro, se deslumbran. Del platillo volante baja JIMI HENDRIX, cantando y tocando la guitarra, claro.

JIMI HENDRIX.- Can you see me, yeah, begging you on my knees?

Oh yeah, can you see me, baby?

Baby please don't leave, alright

If you can see me doing that

You can see in the future if thousand years.

MIGUEL.- ¿Quién coño es ese negro, Benito? Su cara me suena.

BENITO.- Es Jimi Hendrix. ¿Es que no conoces la historia del pop?

MIGUEL.- ¿Qué música hacía?

BENITO.- Algo parecido a Primal Scream, pero en carca.

MIGUEL.- ¿Y qué hace en un platillo volante?

BENITO.- Murió joven, fue toda una leyenda, pero aquí está la prueba... No murió, fue abducido.

JIMI HENDRIX.- Can you hear me, yeah, begging you on my knees?

Oh yeah, can you see me, baby?

Baby please don't leave, alright

If you can see me doing that

You can see in the future if thousand years.

MIGUEL.- ¿Esa canción era suya?

BENITO.- Yo qué sé. ¿Tú crees que en el monasterio se escucha a Hendrix?

MIGUEL.- ¿La guitarra también la toca él?

BENITO.- Creo que era famoso por eso.

(**JIMI HENDRIX entra en éxtasis tocando la guitarra. Puede que también lo haga cantando.**)

MIGUEL.- Esto es un flipe colega.

BENITO.- Miguel, tú ves lo mismo que yo, ¿verdad? ¿Ves a Jimi Hendrix como lo estoy viendo yo?

MIGUEL.- Lo que yo veo es a un negro tocando la guitarra. Tú eres el que dices que es Jimi Hendrix.

BENITO.- ¿No has fumado hoy nada?

MIGUEL.- ¡Qué más quisiera! Estoy hasta los huevos de este cónclave. Como sean todos iguales dimito.

BENITO.- Yo tampoco he fumado. Lo cual quiere decir que esto no es una alucinación. Que nuestra percepción no se encuentra bajo los efectos de las drogas.

MIGUEL.- ¿Qué drogas?

BENITO.- Fue abducido. Está claro.

MIGUEL.- Vosotros los sudacas os colgáis de cualquier gilipollez. Es un coñazo. No me extraña que se lo llevaran de aquí, por coñazo.

BENITO.- Es un bombazo. Tío, tenemos la exclusiva.

MIGUEL.- ¿Quién te va a creer? ¿Quién va a creer a un tío vestido de sotana, obispo de Valparaíso, del Opus Dei, diciendo que ha visto bajar de un platillo volante a Jimi Hendrix?

BENITO.- ¿Es inverosímil, verdad?

MIGUEL.- Lo que no estaría mal sería tener la prueba.

BENITO.- ¿Qué prueba?

MIGUEL.- A él, lo necesitamos a él. Imagínatelo colgado de una cruz en una de tus iglesias andinas.

BENITO.- Pero si Valparaíso está en el mar.

MIGUEL.- ¡Qué más da! El nuevo Cristo de los Terremotos.

BENITO.- Ese Cristo es del Perú.

MIGUEL.- Es que a todo me llevas la contraria.

BENITO.- Pero si mide dos metros. Lo va a agarrar tu padre.

MIGUEL.- Lo engañamos con el alcohol. Si es músico seguro que le da a la priba. Nos lo metemos en el bolsillo con el botellón.

BENITO.- ¿Tú crees?

MIGUEL.- Hey, Jimi. Ven aquí Jimi. Mira, mira qué mierda tengo aquí. Jimi, ven, ven aquí. Ron y whisky. Ven aquí Jimi, dale a esto Jimi. Anda, ven aquí.

JIMI HENDRIX.- Can you see me, yeah, begging you on my knees?

Oh yeah, can you see me, baby?

Baby please don't leave, alright.

(MIGUEL y BENITO se acercan a JIMI, pero cuando están a su lado, una luz cegadora se los traga.)

XV

Fumata negra

Quincuagésima novena votación. DELBONO cincuenta, NOVARINA cuarenta y nueve, COSTA veintitrés, BUERO uno.

XVI

**Humo, oscuridad, luces que no alumbran sino que ocultan.
Pies de hombre y mujer bailan un tango.**

MUJER.- ¿Me das fuego?

(VALÈRE enciende una cerilla con su uña y da fuego a la MUJER. La MUJER chupa lentamente y el cigarro se prende. VALÈRE la mira fijamente. La cerilla en sus manos se apaga quemando los dedos. La MUJER expelle el humo en el rostro de VALÈRE.)

(El brazo de la MUJER se enrolla alrededor del cuello del HOMBRE. Se besan en los labios.)

VALÈRE.- Yo te conozco...

MUJER.- ¿Sí?

VALÈRE.- Eres la chorba de Delbono.

MUJER.- No soy la mujer de nadie. Soy libre

VALÈRE.- Siempre andas pegada a él, como una lapa.

MUJER.- No necesito a los hombres para nada.

VALÈRE.- Entonces, ¿por qué vienes conmigo?

(La MUJER encaja el golpe, tira su cigarro y lo pisa. Mira a VALÈRE a los ojos y le besa. Al retirar sus labios los de él están marcados por el carmín.)

MUJER.- Mátalo.

VALÈRE.- ¿Estás loca?

MUJER.- Mátalo y seré tuya.

(Unos dedos encienden una cerilla y llegan hasta un cigarro, que se enciende. DELBONO da unas chupadas al cigarro y se acerca a VALÈRE cuya mano derecha sostiene una navaja.)

DELBONO.- Con Dios, compadre.

VALÈRE.- Con Dios... Pippo.

DELBONO.- Trajiste el bardeo

VALÈRE.- Siempre viene conmigo.

DELBONO.- No hay héroes, Valère, nunca hay héroes. No es más que fortuna. Todo es cuestión de suerte. El azar...Así lo quieren las mujeres. El azar.

VALÈRE.- Está también la habilidad. La maestría. La valentía.

DELBONO.- Es sólo cuestión de suerte. Tener mucha o poca suerte. Mírala. Ya está ahí. ¿La ves?

VALÈRE.- ¿Qué tengo que ver?

(Una estrella brilla en el firmamento.)

DELBONO.- Esa es mi estrella. Mi estrella de la suerte. Nada tengo que temer cuando ella está ahí arriba. Si mi estrella brilla me acompaña la suerte en el lance. Aprovecho para matar cada vez que ella sale. Hay que aprovechar los buenos momentos. Es todo cuestión de suerte. Suerte.

VALÈRE.- ¿Por qué no lo dejas? No tiene sentido. Tú no lo deseas. No deseas ser Papa. ¿Para qué quieres serlo? ¿Por qué sigues en la carrera?

DELBONO.- Es razón de vicisitud. Mi estrella brilla, brilla para mí.

VALÈRE.- Estás desquiciado.

DELBONO.- Ya conozco las viejas generaciones. Mucho miedo y poca vergüenza. Valère, hay que conseguir que el humo sea blanco. Blanco.

(Luchan, las navajas vuelan en la oscuridad. DELBONO tropieza y cae al suelo. La sangre gotea. Una gota en la pared resbala hasta juntarse con otras muchas. El rostro de DELBONO, con los ojos abiertos y el rostro desencajado.)

(VALÈRE limpia la navaja y mira a la mujer de reojo. De repente, de su mano se le escapa una sonora bofetada. Termina de limpiar la navaja y desaparece.)

(El rostro de la MUJER sonríe. Enciende un cigarro y fuma.)

MUJER.- Como brotes de olivo, en torno a tu mesa, Señor. Así son los hijos de la Iglesia.

XVII

Fumata blanca

**Sexagésima novena votación: NOVARINA ciento veintidós,
CESAIRE uno.**

FIN¹

¹BENE, es un satanás.

FABRICE, es un joven cardenal chapero al que se folla Delbono.

FALTAN PUTAS: Las putas de Thebas motel film. (N. del A.)